



HUMANIDADES

3404824

ISBN 978-84-206-7453-7

PVP B



9 788420 674537

La «Historia del pensamiento» de Jesús Mosterín está integrada por libros monográficos autónomos, que se caracterizan por la frescura de la mirada, el enfoque interdisciplinar, la relevancia actual, la lucidez del análisis y la claridad de la exposición. En su conjunto, la serie ofrece una panorámica única y completa de la evolución de las ideas filosóficas, religiosas, científicas y políticas, situadas en su contexto social. El volumen dedicado al *Helenismo* presenta las ideas de esta etapa de madurez intelectual y globalización cultural del mundo antiguo, y en especial las tres grandes filosofías del epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo, que siguen ofreciendo otros tantos modos clásicos de enfrentarse a la vida. La ciencia rigurosa, soñada como un ideal por los filósofos de la Hélade, sólo fue llevada a la práctica en instituciones como el Museo de Alejandría por científicos geniales, como Euclides, Arquímedes, Apolonio, Eratóstenes y Ptolomeo, que se relatan.

80242/01
 33 FILOSOFIA
 22100 FILOSOFIA ANTIGUA
HELENISMO: HISTORIA DEL PENSAMIENTO DE LAS HERAS. JESUS MOSTERIN
 9788420674537 437 1 003012158R 2:2020
 01100
 2 412216 643502

 GIJ P1
11,00 €

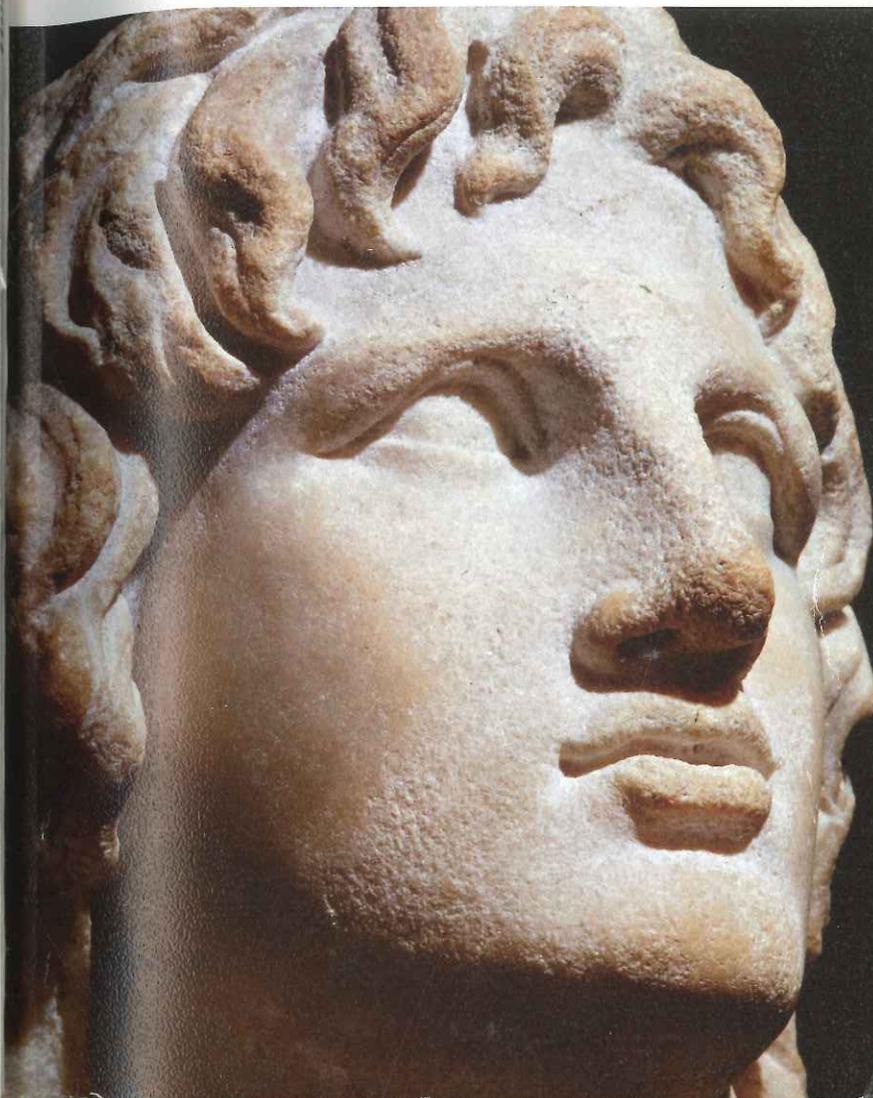
Alianza editorial El libro de bolsillo

Jesús Mosterín

Alianza editorial

Helenismo

Historia del pensamiento



Helenismo

Jesús Mosterín

Helenismo

Historia del pensamiento



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 2007
Segunda edición: 2013

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Cabeza en mármol representando a Alejandro Magno
© Bridgeman/Index
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Mosterín, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7453-7
Depósito legal: M. 3.606-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

| | |
|----|--------------------------------------|
| 11 | Prólogo |
| 15 | 1. La época helenística |
| 15 | Alejandro Magno |
| 19 | Las luchas por la sucesión |
| 24 | Grecia y Macedonia |
| 29 | El reino de los seléucidas |
| 37 | El Egipto de los Ptolemeos |
| 43 | La situación económica y social |
| 46 | 2. Continuadores y precursores |
| 46 | La filosofía en Atenas |
| 50 | La lógica megárica |
| 55 | La ética cínica |
| 60 | 3. Epicuro |
| 60 | Vida de Epicuro |
| 65 | El carácter de la filosofía epicúrea |
| 68 | Los átomos |
| 73 | El vacío |
| 75 | Los cuerpos compuestos y el universo |
| 80 | El alma y la sensación |
| 85 | Conceptos y opiniones |
| 89 | Criterios |
| 97 | Libertad de la voluntad |

| | |
|-----|--------------------------------------|
| 99 | El placer |
| 106 | Deseos |
| 110 | La amistad |
| 115 | Los dioses |
| 119 | 4. El estoicismo |
| 119 | Los filósofos estoicos |
| 123 | Lógica y semántica de los estoicos |
| 129 | Conectores e inferencias |
| 135 | La física estoica |
| 138 | El pneuma y el alma |
| 140 | Los dioses |
| 141 | Ciclo cósmico y determinismo |
| 146 | La ética estoica |
| 149 | La virtud |
| 151 | Cosmopolitismo |
| 154 | 5. El escepticismo |
| 154 | El escepticismo pirrónico |
| 159 | El escepticismo académico |
| 165 | 6. El Museo y la ciencia alejandrina |
| 167 | El Museo y la Biblioteca |
| 170 | Herófilo y Erasítrato |
| 173 | 7. La matemática helenística |
| 173 | Euclides |
| 185 | Arquímedes |
| 195 | Apolonio de Perga |
| 198 | 8. La astronomía helenística |
| 198 | Aristarco de Samos |

| | |
|-----|------------------|
| 203 | Eratóstenes |
| 207 | Hiparco |
| 217 | Notas |
| 219 | Bibliografía |
| 227 | Índice analítico |

Prólogo

Se llama helenismo a la cultura desarrollada por los helenos en el Mediterráneo oriental durante el periodo histórico que va desde las conquistas de Alejandro Magno hasta la consolidación del Imperio Romano. Los griegos habían perdido el marco acogedor de las pequeñas *póleis* autónomas de la Hélade clásica, pero habían ganado en amplitud de horizontes y oportunidades, a la vez que sentían zozobra e inquietud ante un mundo inseguro y ajeno. En cualquier caso, el helenismo representó la globalización cultural de todo el mundo antiguo, incluida la misma Roma, basado en la adopción casi universal de la lengua y la cultura griegas.

Los siglos -III y -II fueron una época de sorprendente vitalidad intelectual, durante la cual el pensamiento helenístico produjo tres grandes filosofías: el epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo. Estas tres escuelas no solo han marcado su impronta en la historia de las ideas,

sino que han permanecido en el acervo común de la cultura occidental como arquetipos de otros tantos talantes o modos básicos de enfrentarse a la vida. Todavía hoy, muchos de nosotros seguimos siendo de algún modo epicúreos, estoicos o escépticos (o las tres cosas a la vez) y el mensaje de estas grandes doctrinas sigue resonando en nuestras mentes. Los capítulos 3, 4 y 5 del presente libro están dedicados a exponer estas filosofías.

La ciencia rigurosa, que había sido soñada y propuesta como un ideal por los filósofos de la Hélade, fue realizada y llevada a la práctica en la época helenística, sobre todo en los siglos -III y -II, en que alcanzó un nivel extraordinario. El faro de Alejandría no solo iluminaba a los navegantes del Mediterráneo oriental, sino que su fuego simbolizaba también la luz intelectual que emanaba del famoso Museo de Alejandría, donde el culto a las musas se concebía bajo la forma del trabajo de investigación. Matemáticos como Euclides, Arquímedes y Apolonio, y astrónomos como Aristarco, Eratóstenes e Hiparco se cuentan, sin duda, entre los más grandes científicos de todos los tiempos. El mundo tardaría casi dos mil años en recuperar su nivel teórico. Los capítulos 6, 7 y 8 están dedicados a ese florecimiento intelectual.

El resto de la época antigua estuvo marcado por la expansión de Roma y el establecimiento del Imperio Romano, en cuyo marco continuó desenvolviéndose la cultura helenística, que para entonces, sin embargo, ya había perdido gran parte de su vigor y creatividad inicial. Las semillas del pensamiento antiguo, escondidas durante siglos en algunos manuscritos trabajosamente recopilados y conservados, acabarían fructificando más

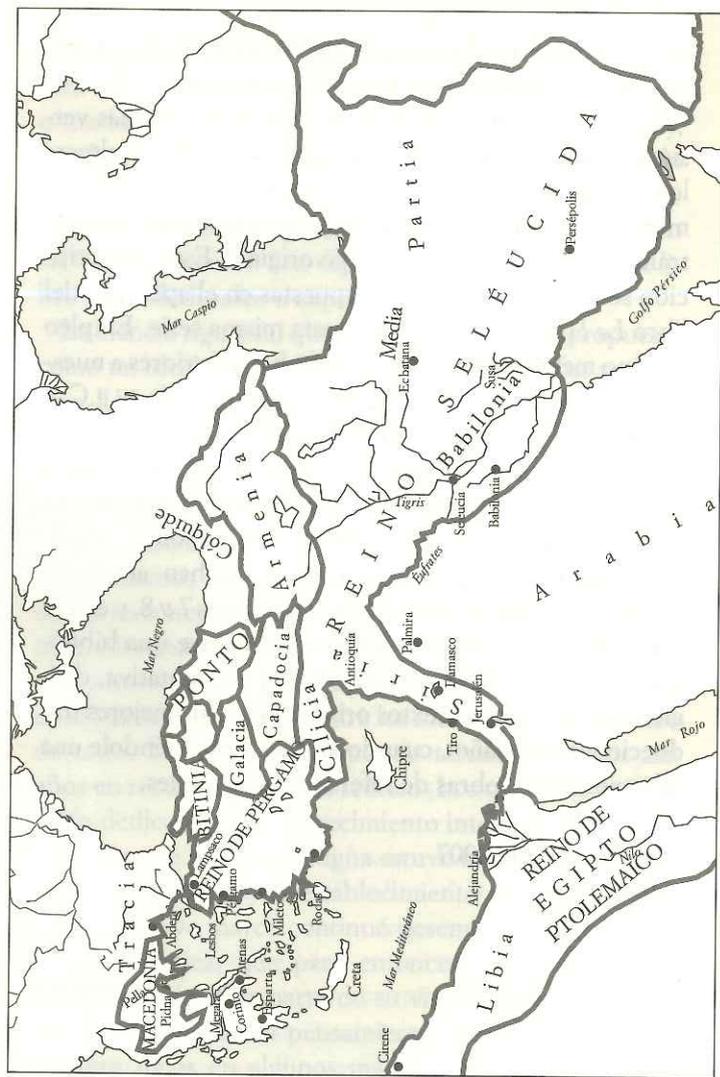
de un milenio más tarde en la revolución científica europea. Y aquí estamos nosotros para contarle.

En el caso de los nombres propios, suelo usar las versiones castellanizadas tradicionales, a fin de no alterar los hábitos de lectura del lector. De todos modos, la primera vez que los uso, procuro poner entre paréntesis la transcripción del nombre griego original. Esta transcripción se rige por las normas expuestas en el apéndice del libro *La Hélade*, publicado en esta misma serie. Empleo el signo menos para designar las fechas anteriores a nuestra era. Así, el siglo -IV es lo mismo que el siglo IV a.C. y el año -399 es lo mismo que el año 399 a.C.

El texto de esta obra se basa parcialmente en el de mi previo libro *El pensamiento clásico tardío*, aunque ha sido sometido a diversos cambios, supresiones, añadidos, correcciones y actualizaciones. Se han ampliado considerablemente los capítulos científicos 7 y 8, y el 6 es del todo nuevo. Al final del libro se incluye una bibliografía, que pretende ser escueta, útil y orientativa, dirigiendo al lector a los textos originales y a sus mejores traducciones al español, cuando las hay, y ofreciéndole una selección de las obras de referencia más fiables.

Moià, abril de 2007

Jesús Mosterín



El mundo helenístico hacia -185

1. La época helenística

Alejandro Magno

La decisiva victoria de Filipo (en griego, *Philippos*) de Macedonia sobre las fuerzas combinadas de Atenas y Tebas en Khaironia (en -338) había dejado bien claro para todos que las viejas *póleis* autónomas de Grecia tenían que someterse a la hegemonía macedona. Filipo se mostró clemente en su victoria y, poco después, reunió a la mayoría de las *póleis* griegas en la Liga de Corinto, de la que se hizo elegir jefe militar con plenos poderes (*strategós autokrátor*). A la muerte de Filipo, Demóstenes y otros agitadores atenienses atizaron a los tebanos para que se sublevaran contra el dominio macedón, confiando en la inexperiencia del nuevo rey, Alejandro Magno (en griego, *Aléxandros Mégas*). Pero éste apareció de pronto como una exhalación y asedió, conquistó y arrasó Tebas (-335), pasando a cuchillo a parte de la población

y vendiendo como esclavos al resto. Tebas, la más poderosa ciudad griega del siglo -IV había dejado de existir. La lección de que los tiempos habían cambiado fue inmediatamente comprendida por el resto de las *póleis*, incluida Atenas (instigadora inicial de la rebelión tebana), que no vacilaron en someterse a Alejandro y abrir sus fortalezas a las guarniciones macedonas.

Esto marca el fin de una época y el comienzo de otra. El mundo de las pequeñas comunidades autónomas e independientes se había acabado. El mundo de las grandes monarquías territoriales se iniciaba. En cada *pólis* se establecía un gobernador macedón, que tenía la última palabra, y una guarnición macedona, que velaba por que así fuera.

En su calidad de jefe militar de la Liga de Corinto, Alejandro emprendió en -334 lo que oficialmente era una expedición panhelénica dedicada a vengar la profanación de los santuarios griegos por el gran rey persa Jerjes (en persa, *Hshayarsha*), ciento cincuenta años antes. En realidad, se trataba de extender los límites de la monarquía macedona y de saldar las deudas de su ejército con el botín esperado. Alejandro atravesó los Dardanelos al frente de sus tropas e inmediatamente derrotó en Gránikos a los sátrapas occidentales del Imperio Persa. En la batalla de Issos (-333) se enfrentó y derrotó al gran rey persa Darío (en persa, *Darayavaush*) III, en vista de lo cual muchos de los sátrapas se pasaron a su bando y la mayoría de las ciudades le abrieron sus puertas. Él trató a todas con delicadeza, respetando escrupulosamente los usos y tradiciones locales. Pero no se andaba con contemplaciones, si observaba alguna reticencia. Así,

cuando la metrópoli comercial de Tiro (en griego, *Tyros*; en lenguas semitas, *Shur*), que era casi inexpugnable por ser una isla amurallada, le prohibió que penetrase con escolta armada en su interior, dedicó varios meses a asediarla, construyendo para ello un terraplén de 800 metros de longitud desde la costa hasta la isla, desde el que finalmente la asaltó, arrasándola por completo y crucificando o vendiendo como esclavos a sus habitantes. El triste destino de Tiro debía enseñar a los levantinos la misma lección que el de Tebas había enseñado a los griegos, a saber, que Alejandro no se andaba con bromas a la hora de imponer su autoridad.

Acogido y coronado en Egipto como faraón, Alejandro penetró en Mesopotamia y volvió a derrotar a Darío en la batalla de Gaugamela (-331). A partir de ese momento, y en un paseo militar sin apenas resistencia, se le fueron entregando las capitales del imperio: Babilonia, Susa, Persépolis y Pasargada. Una vez incendiada Persépolis, la expedición de venganza griega quedaba concluida. Y muerto poco después Darío a manos de uno de sus propios sátrapas, Alejandro pasó a considerarse su sucesor, el nuevo gran rey persa, cuya primera tarea consistiría en perseguir y castigar al asesino de su predecesor.

De ahí en adelante, todo fue como un sueño. Adentrándose por tierras nunca antes visitadas por griego alguno, atravesando mágicos desiertos y montañas eternamente nevadas (del Irán, Afganistán, Turquestán y Pakistán actuales) llegó hasta el Indo. Y, si sus soldados no se hubieran negado a seguir más allá, quién sabe hasta dónde habría llegado. Lo más penoso fue la vuelta, a

través del tórrido desierto beluchi los unos, y a través del golfo Pérsico los otros. La sed y el agotamiento causaron más bajas entre sus aguerridas huestes que todos los enemigos con que habían luchado.

Durante sus correrías asiáticas, Alejandro había concebido el proyecto de un inmenso imperio gobernado por macedones y persas. Él mismo se había casado en Afganistán con una princesa bactriana, Roxana. Pocos años después, a la vuelta de la India, había organizado en Susa una gigantesca boda de 10.000 oficiales griegos con otras tantas mujeres persas, en la que él se había vuelto a casar con una hija del último gran rey, Darío III. Alejandro se vestía como un soberano persa y exigía que sus compañeros se postrasen ante él como ante un rey oriental, cosa que nunca habían hecho antes y a lo que algunos se opusieron, pagándolo con la vida. Definitivamente, el mundo de la *pólis* quedaba muy lejos.

Alejandro se creía un nuevo héroe, como el Aquiles (en griego, *Akhilléus*) de la *Iliada*, con el que se identificaba. Así, al inicio de su expedición asiática, nada más cruzar los Dardanelos, lo primero que hizo fue correr ritualmente desnudo hasta la tumba de Aquiles en Troya, para allí ofrecer un sacrificio, al tiempo que su íntimo amigo Hefaiestión ofrecía otro a Patroclo (*Pátroklos*), el amigo de Aquiles. En Gordion, en medio de Anatolia, cortó con la espada el famoso nudo gordiano, envuelto en la leyenda. En Egipto visitó el oasis de Siwa, donde el dios Amón lo reconoció como hijo suyo a través del oráculo. Cuando en -324 murió su amigo Hefaiestión, se le rindieron honores de héroe. Pero él mismo, Alejandro, era ya un dios y exigía que se le rindiese el culto co-

rrespondiente, a lo cual nadie se oponía, en vista de sus portentosas hazañas. Sin embargo, al año siguiente, -323, el dios Alejandro cayó enfermo en Babilonia y murió, cuando contaba solo treinta y dos años de edad.

Las luchas por la sucesión

Alejandro murió sin haber dejado zanjada la cuestión sucesoria. La princesa bactriana Roxana estaba embarazada con un hijo póstumo de Alejandro. Pero los soldados macedones, cuya asamblea elegía tradicionalmente al rey, no querían saber nada del hijo de una princesa oriental, y eligieron como sucesor a Arridaios, un hermanastro subnormal de Alejandro. Los influyentes miembros de la guardia real y de la caballería pensaban en el mantenimiento de las conquistas asiáticas y no podían aceptar un rey subnormal, por lo que proclamaron rey al hijo de Alejandro y Roxana. Finalmente, ambos acabaron siendo nominalmente aceptados como nuevos reyes de Macedonia, para ser asesinados poco después (Arridaios, en -317, por Olimpia (*Olympiás*), la ambiciosa madre de Alejandro, y el hijo de Roxana en -310, por Casandro, hijo de Antípatro; al año siguiente sería también asesinado Heraklés, hijo de Alejandro y su amante Barsine). Con ello quedaba extinguida la dinastía de los Argeadas, que había gobernado Macedonia durante dos siglos.

Los generales y jefes de la guardia real se repartieron entre sí las principales satrapías. Así, a Ptolemeo (*Ptolemaïos*) correspondió Egipto y a Lisímaco (*Lysímakhos*),

Tracia. Todos se retiraron rápidamente a sus respectivas satrapías, llevando consigo cuantos amigos, soldados y dineros pudieron conseguir. El poderoso Antígono seguía de sátrapa de Frigia (en Anatolia). El famoso general Kráteros volvía lentamente a casa al frente de los 10.000 veteranos macedones que había licenciado Alejandro poco antes de morir. En Grecia seguía de virrey Antípatro. Puesto que los presuntos reyes eran un subnormal y un recién nacido, la autoridad central del imperio era la del regente. Perdikkas, a quien ya Alejandro había nombrado comandante de la guardia real a la muerte de Hefaistión, y a quien había entregado su anillo con el sello real antes de morir, fue reconocido como regente. Estos hombres —Perdikkas, Antígono, Ptolemeo, Lisímaco...— y otros parecidos, todos ellos macedones y compañeros de armas de Alejandro, fueron sus verdaderos sucesores (*diádokhoi*). Y durante los cuarenta años siguientes se harían la guerra unos a otros, hasta alcanzar finalmente un cierto equilibrio.

Al llegar a Grecia la noticia de la muerte de Alejandro, varias *póleis* griegas, como Atenas, se sublevaron contra las guarniciones macedonas. El virrey Antípatro, reforzado por los veteranos de Kráteros, logró aplastar la rebelión. Kráteros murió poco después, en -321, luchando contra Eumenes.

Perdikkas, el regente, que acababa de conseguir sonadas victorias en Anatolia, estaba pensando en casarse con Cleopatra, la hermana de Alejandro, y proclamarse rey. Según la tradición macedona, antes tenía que enterrar a Alejandro en Aigai, capital ceremonial y panteón de los reyes de Macedonia. Pero de pronto el cadáver del

gran Alejandro había desaparecido. Ptolemeo, recordando el deseo expresado por el rey de ser enterrado en el templo de Amón en Siwa, había hecho venir el féretro a Egipto, donde lo había enterrado con todos los honores, para mayor gloria del ambicioso sátrapa y nuevo soberano *de facto* de Egipto. Perdikkas siguió tras las huellas del féretro de Alejandro hasta el Nilo donde fue derrotado y murió en -321.

A la muerte de Perdikkas, Antípatro fue nombrado nuevo regente, pero dos años después murió a su vez.

A Antípatro sucedió en Macedonia su hijo Casandro (en griego, *Kássandros*), que trataba de construir allí la base de su poder personal, eliminando de paso a la ambiciosa Olimpia y a los últimos Argeadas. Lo mismo hacían Lisímaco en Tracia, Seleuco (*Séleukos*) en Babilonia y Ptolemeo en Egipto, la más rica de todas las satrapías. En las luchas de todos contra todos de los *diádokhoi* consiguió los mayores éxitos militares Antígono Monóftalmos (el tuerto), al que continuamente se habían ido uniendo más tropas macedonas. Éstas, en efecto, no eran leales a nadie en particular y se apuntaban siempre al ganador, pasando de un bando a otro sin el menor escrúpulo. Antígono sostuvo siempre la unidad del imperio, por lo que tuvo que pelear continuamente con las tendencias centrífugas de sus colegas. Después que en -307 su hijo Demetrio Poliorketés había ocupado Atenas y en -306 él mismo había derrotado en Salamís (junto a Chipre) a la flota de Ptolemeo, se sintió lo suficientemente seguro como para proclamarse rey. Pero en vez de reconocerle como tal, los otros *diádokhoi* le imitaron. Al año siguiente, -305, Ptolemeo se proclamó rey de Egipto;

Casandro, rey de Macedonia; Lisímaco, rey de Tracia, y Seleuco, rey de Babilonia. La onda llegó hasta Sicilia, donde el tirano Agathoklés se proclamó rey de Siracusa.

Antígono tuvo que hacer frente a la coalición formada por Ptolemeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco, contra los que murió luchando en la batalla de Ipsos (Anatolia) en -301.

La muerte de Antígono representaba el definitivo hundimiento de la idea de mantener la unidad del imperio conquistado por Alejandro. Pero las guerras entre sus sucesores y las intrigas de todo tipo continuaban sin interrupción. Entre los personajes que más se distinguieron en esas luchas estaban Demetrio (el hijo de Antígono) y Ptolemeo Keraunós (el rayo), hijo del rey de Egipto, Ptolemeo I Soter, y nieto (por su madre) de Antípatro. Excluido del acceso al trono egipcio por la nueva boda de su padre, marchó junto a Seleuco I, que lo protegió. Una vez que Lisímaco había sido vencido y muerto por Seleuco, éste a su vez fue asesinado por su protegido Ptolemeo Keraunós, que luego se casó con la viuda de Lisímaco, Arsinoe, y fue proclamado rey de Macedonia por el ejército en -281. Poco después mató a sus hijos, con lo que su mujer lo abandonó, huyendo a Egipto, donde volvió a casarse, esta vez con su hermano, Ptolemeo II Filádfos. Eran tiempos rudos, sin duda.

Ptolemeo Keraunós murió en -279. En -276 el ejército eligió como rey de Macedonia a Antígono II Gonatás, hijo de Demetrio y nieto de Antígono, con lo que se establecía definitivamente en Macedonia la dinastía de los antigónidas. A Seleuco I Nikator, muerto en -281, había sucedido en -280 su hijo Antíoco I Soter (habido de la

princesa persa Apama), que a su vez se casó con la segunda mujer de su padre, quedando así establecida la dinastía de los seléucidas en Anatolia, Siria, Mesopotamia e Irán. Ptolemeo I Soter murió en -283 y fue sucedido en el trono de Egipto por su hijo Ptolemeo II Filádfos, con lo que la dinastía de los lágidas quedaba firmemente asentada en Egipto.

Así, pues, en -280 habían muerto ya todos los *diádekhoi*, los sucesores inmediatos de Alejandro, y, después de cuarenta años de luchas cruentas e ininterrumpidas, la situación política se había clarificado y estabilizado. Tres grandes reinos (Egipto, Asia y Macedonia), regidos por tres dinastías macedonas (los lágidas, los seléucidas y los antigónidas), dominaban el mundo, es decir, el Mediterráneo oriental. Los siguientes decenios serían una época de relativa paz, de crecimiento económico y de esplendor cultural.

El mundo griego se había transformado completamente. Las viejas *póleis* autónomas de la Grecia propiamente dicha habían entrado en decadencia política, económica y demográfica. Multitud de griegos y macedones —precisamente los más emprendedores— habían emigrado a las numerosas ciudades surgidas en los nuevos grandes reinos helenísticos. El griego se había convertido en la *lingua franca* y oficial de todo el mundo conocido. El oro atesorado por los reyes persas, puesto en circulación para pagar a los ejércitos de mercenarios, había provocado un gran auge de la actividad económica y una gran inflación. Monarquías absolutas apoyadas en mercenarios macedones y burócratas griegos dominaban inmensos territorios. La población autóctona vivía en el

campo, al margen de los nuevos desarrollos. Pero la cultura de las ciudades era la misma en todas partes: la cultura helenística.

Grecia y Macedonia

Filipo II había convertido la monarquía macedona en la potencia hegemónica del mundo griego. Su hijo Alejandro había extendido su dominio por Asia y África hasta límites inconcebibles. Como virrey de Europa, es decir, de Macedonia y Grecia, había dejado a Antípato, un veterano general del ejército de Filipo y amigo íntimo de Aristóteles. En -323, al difundirse en Grecia la noticia de la muerte de Alejandro, los agitadores antimacedones —como Demóstenes— provocaron la rebelión de los griegos, que sitiaron a Antípato y sus tropas en Lamía. Aristóteles (bien conocido por sus simpatías promacedonas) tuvo que huir rápidamente a Calcis (*Kbalkís*), en la isla de Evia, donde murió al año siguiente, después de haber nombrado en su testamento a Antípato su albacea, encargado del cumplimiento de su última voluntad. Ese mismo año Antípato recibió refuerzos y los macedones derrotaron por tierra y por mar a los levantiscos griegos. Demóstenes se suicidó, Atenas perdió su flota, su puerto del Pireo fue permanentemente ocupado por una fuerte guarnición macedona y la democracia fue sustituida por la oligarquía censitaria.

Al año siguiente, -321, Antípato fue reconocido como regente de todo el Imperio de Alejandro, pero murió dos años más tarde. Ya no habría más regentes. Cada

uno de los generales de Alejandro arramplaba con lo que podía y mantenía su dominio sobre tanto territorio como le permitían sus armas. El nuevo hombre fuerte de Macedonia era Casandro, hijo de Antípato. Demetrio de Fáléron, discípulo de Aristóteles y amigo de Teofrasto, además de hombre de confianza de Casandro, fue dictador de Atenas durante los diez años siguientes, entre -317 y -307. En esta última fecha fue despedido de su puesto por Demetrio Poliorketés, hijo de Antígono Monófalmo, que acababa de conquistar Atenas, restableciendo, al menos nominalmente, la democracia. Los atenienses, agradecidos, proclamaron a Demetrio y a su padre dioses salvadores y les rindieron culto. Demetrio Poliorketés siguió su agitada carrera de batallas constantes, acabando sus días en las cárceles de Seleuco.

A todo esto, Casandro se había hecho de nuevo dueño de la situación. Después de haber eliminado a la madre y a los hijos de Alejandro, el camino hacia el trono vacante estaba expedito. En -305, Casandro se proclamó rey de Macedonia, participando en la lucha de los *diádokhoi* contra Antígono. A la muerte de Casandro en Pela, la capital, en -297, su amigo, el filósofo peripatético Demetrio de Fáléron, consideró más prudente marchar a Alejandría, donde pronto ganó la confianza del rey Ptolemeo I Soter, al que ayudó a fundar el Museo y la Biblioteca de Alejandría, así como a redactar la nueva legislación de su reino.

El rey de Macedonia era elegido tradicionalmente por la asamblea del ejército en armas. Después de la muerte de Casandro, el ejército eligió como rey a Demetrio Poliorketés, para expulsarlo pocos años después, eligiendo luego a Ptolemeo Keraunós. Los breves reinados de es-

tos dos turbulentos personajes habían mantenido en vilo a los macedones, que deseaban la calma y la consolidación de su monarquía. Esa calma la consiguieron con el rey Antígono II Gonatás, que reinó entre -283 y -239, fundando la dinastía de los antigónidas, que permanecería en el trono hasta la supresión de la monarquía macedona por la conquista romana. Antígono Gonatás obtuvo la victoria sobre los celtas que amenazaban su reino, y dos años más tarde sufrió el ataque corto pero furibundo del alocado rey de Ipiros, Pirro (en griego, *Pýrros*), que regresaba a Grecia de sus correrías italianas contra los romanos, donde había obtenido sus famosas victorias pírricas, que dejaban al vencedor en peor situación que al vencido. El resto de su reinado fue pacífico. Macedonia se repuso del agotamiento de los años anteriores. La capital, Pela, empezó a recobrar el brillo de una corte helenística. Incluso trató de atraer a ella al filósofo estoico Zenón, pero éste declinó la invitación.

Durante todo el siglo -III, Macedonia era la gran potencia indiscutida de Grecia. Dominaba directamente la Macedonia propiamente dicha, parte de Tracia y toda Tesalia, es decir las tierras más amplias y feraces. Tenía también guarniciones y fortificaciones propias en Atenas y Corinto, las dos *póleis* más importantes de Grecia. Mantenía pacíficas relaciones con la Liga de Etolia, al suroeste de sus dominios. Solo Esparta se atrevió a oponerle una decidida resistencia. Pero el rey macedón Antígono Doson logró unificar a todos los otros Estados griegos bajo su dirección y derrotar a Esparta.

En -221 subió al trono macedón Filipo V, un rey audaz, apasionado y ambicioso, que no vaciló en aliarse

con el archienemigo de los romanos, Aníbal, en contrariar a la Liga Etolia y en declarar la guerra a Rodas y Pérgamo, aliados de Roma. La historia de su reinado es la historia de su creciente confrontación con Roma que culminó en la desastrosa batalla de Kynóskefalai (-197), tras la que el derrotado Filipo V tuvo que aceptar todas las condiciones de Roma, incluidas la entrega de la flota, la renuncia a sus conquistas, el vasallaje, etc. Su hijo y sucesor, Perseo, trató de evitar la confrontación con Roma, pero no le sirvió de nada, siendo arrastrado a la guerra y definitivamente derrotado por los romanos en la batalla de Pidna (-168) y murió al año siguiente en prisión. La monarquía macedona se había acabado. Los romanos dividieron Macedonia en cuatro repúblicas distintas y sometidas a todo tipo de limitaciones. Veinte años después, y tras la fracasada rebelión de Andriskos, que se hacía pasar por hijo de Perseo, los romanos declararon en -148 Macedonia provincia romana, que incluía también Ipiros y Grecia.

Las viejas *póleis* autónomas de la Grecia clásica continuaban su vida apagada a la sombra de las grandes monarquías helenísticas. Muchas de entre ellas se agruparon en dos grandes confederaciones o ligas: al norte del estrecho de Corinto, la Liga de Etolia, que abarcaba la mayor parte de la Grecia central, incluyendo Etolia propiamente dicha, Fokís y Beocia; al sur del estrecho de Corinto, la Liga Aquea, que abarcaba la mayor parte del Peloponeso, excepto Esparta. Estas confederaciones permitieron paliar algo la debilidad de las *póleis* separadas y representaron un desarrollo político novedoso.

Todas las grandes potencias pretendían defender la libertad de los griegos. Así lo habían hecho tanto el gran

Antígono como los sucesivos Ptolemeo. Y en -196, después de haber derrotado a Filipo V de Macedonia, el cónsul romano Tito Quinctius Flaminius proclamó en Corinto, durante los juegos ístmicos, la libertad de todos los Estados griegos, en medio de atronadores aplausos y expresiones de júbilo. Y en efecto, los romanos se retiraron. Pero la subordinación a Roma se sobreentendía. Cuando medio siglo más tarde a la misma Corinto (la segunda ciudad de toda Grecia) se le ocurrió oponer resistencia a Roma, fue completamente arrasada por Mummus. Sus pobladores fueron asesinados sobre el terreno o vendidos como esclavos. Su tierra fue declarada campo público romano. Durante más de un siglo no volvió a ser habitada. Roma, como anteriormente Alejandro, no admitía bromas cuando de su autoridad se trataba.

Atenas había perdido toda importancia política o económica, pero seguía teniendo el prestigio de su brillante pasado cultural y de sus escuelas filosóficas, conocidas en todo el mundo helenístico. Los reyes de las grandes monarquías invitaban a los filósofos atenienses. En -155 Atenas envió a Roma una «embajada filosófica», compuesta por el peripatético Critolao (*Kritólaos*), el estoico Diógenes de Seleucia (*Seléukeia*) y el académico escéptico Carnéades. Este último causó especial impresión entre sus oyentes por su maestría y sutileza en la demostración de paradojas y contradicciones.

Los filósofos atenienses resultaban decorativos y entretenidos, pero esto no eximía a Atenas del respeto debido a Roma. Cuando, a principios del siglo -I, el rey de Pontos, Mitrídates VI, feroz enemigo de los romanos, se presentó a los griegos como «el nuevo Dionisio», que les

prometía la liberación de la tutela romana, Atenas, Esparta y la Liga Aquea se aliaron a Mitrídates. La reacción de los romanos no se hizo esperar. Sila (en latín, *Sulla*) asedió Atenas y el Pireo. Para sufragar los costos de la guerra saqueó los templos de Delfos, Olimpia y Epidaurus, acuñando moneda con el oro de sus tesoros. Taló los grandes plátanos de la Academia y del parque de Liceo para construir catapultas y otras máquinas de asedio. En -86 sus soldados penetraron finalmente en Atenas, saqueándola y matando por doquier.

Uno de los muertos en la batalla de Atenas fue el rico bibliófilo Apelikon, que había comprado los manuscritos de Aristóteles previamente guardados en Skepsis. Sila y Lucullus trasladaron a Roma un enorme botín, que incluía incontables obras de arte y manuscritos, entre ellos los de Aristóteles. En Roma quedaron en la biblioteca particular de Lucullus, donde fueron estudiados y editados por Andrónikos Rodios. El resultado de su edición son las obras de Aristóteles, tal y como nosotros todavía hoy las conocemos.

El reino de los seléucidas

El primer gran imperio que registra la historia fue el Imperio Persa, fundado por Ciro (en persa, *Kurush*). Extendiéndose desde Anatolia hasta la India, dividido en satrapías y gobernado por un gran rey, el Imperio Persa reunía pueblos de muy diversa lengua, religión y cultura. Una vez derrotado y muerto Darío III (en persa, *Daraya-vaush*), Alejandro Magno se consideró a sí mismo como

sucesor y continuador de la gran monarquía persa, que en el futuro debería ser gobernada por una élite mestiza de griegos y persas. A esa política respondió la famosa boda masiva de Susa entre soldados griegos y mujeres iraníes. Uno de los oficiales macedones que participó en la boda fue Seleuco. No era lo suficientemente importante como para desposar una princesa de la casa real persa, por lo que tuvo que conformarse con la irania Apama, hija del sátrapa Spitamenes. Pero mientras la mayoría de los oficiales griegos abandonaron a sus mujeres persas tras la muerte de Alejandro, Seleuco siguió siempre con Apama, madre de su hijo y sucesor, Antíoco (*Antíokhos*).

Tras varias peripecias militares, Seleuco logró enfrentarse a Antígono (con el apoyo de Ptolemeo I) y, a partir de Babilonia, conquistó y estableció un gran reino, que acabó abarcando la mayor parte del antiguo Imperio Persa y de las posesiones asiáticas de Alejandro. En -305, Seleuco se proclamó rey, siguiendo el ejemplo de Antígono, y ciñendo en su cabeza la blanca diadema. Seleuco I Nikator (el vencedor) fue así el fundador de la dinastía de los seléucidas, continuada luego por su hijo Antíoco I Soter (el salvador) y su nieto Antíoco II Theós (el dios). De hecho casi todos los reyes de la dinastía se llamaron Seleuco (como el fundador) o Antíoco (como su padre), aunque más tarde algunos se llamaron también Demetrio.

El sucesor de Seleuco I, Antíoco I, se casó con la segunda mujer de su padre, Estratónike. Todos los reyes seléucidas eran considerados dioses y objeto de culto, y también las reinas, incluso fuera de sus dominios. Así, en

Miletos se estableció el culto a Apama, y en Smyrna a Estratónike. De todos modos, los griegos siempre miraron a los seléucidas como solo griegos a medias. En efecto, ya Antíoco I Soter era medio griego (por su padre) y medio iranio (por su madre, Apama). Además, los monarcas seléucidas se casaron frecuentemente con princesas de las monarquías iraníes de Pontos. Por todo ello la dinastía seléucida puede considerarse como la sucesora de los grandes reyes persas, al menos hasta la expansión de los Partos.

Del Egipto de los Ptolemeos tomaron los seléucidas algunas de sus extrañas costumbres matrimoniales, que escandalizaban a los griegos. Así, los tres hijos de Antíoco III Megas se casaron sucesivamente con la misma mujer, la reina Laodike. Y todos sus hijos se casaron con la famosa princesa egipcia Cleopatra Diosa (*Kleopátra Theá*), que fue hija de un rey (Ptolemeo VI), hermana de dos reyes (lágidas), esposa de tres reyes y madre de cuatro reyes (seléucidas). Mujer de armas tomar, murió envenenada por uno de sus hijos, Antíoco VIII, después de haber envenenado ella misma a otro.

El inmenso reino seléucida mantuvo la división en satrapías del Imperio Persa, colocando a un estratega al frente de cada satrapía. El sistema de impuestos era también básicamente el persa: cada satrapía, comunidad o ciudad tenía que pagar un tributo anual fijo. El reino incluía también ciudades, tribus y templos, que gozaban de cierta autonomía. La base del poder militar y de la unidad cultural helenística del reino la constituían las ciudades. Pobladas con emigrantes y veteranos griegos y macedones, eran primero islas y luego focos de cultura

griega en un mar de pueblos indígenas. Aunque la población de hecho era en gran parte mestiza (los colonos griegos se casaban con mujeres nativas), las *póleis* tenían un carácter inequívocamente griego, con su muralla, su ciudadela, su ágora, su gimnasio, su teatro, etcétera. En ellas se hablaba griego y se rendía culto a los dioses olímpicos de Grecia, aunque también a los reyes seléucidas y (por si acaso) a las divinidades indígenas locales.

Alejandro Magno había fundado unas treinta ciudades, llamadas casi todas ellas Alejandría. Los seléucidas fundaron otras tantas, llamadas Seleucia (*Selúukeia*) o Antioquía (*Antiókheia*). La primera capital del reino fue Seleucia en el Tigris, aunque poco después la capitalidad fue trasladada a Antioquía en el Orontes, cerca de la costa mediterránea. A pesar de ello, Seleucia siguió floreciendo como centro comercial y punto de partida de caravanas. De ella procedía, por ejemplo, el estoico Diógenes de Seleucia, uno de los tres componentes de la embajada filosófica enviada por Atenas a Roma en -155.

Las fronteras orientales del reino seléucida, que eran inicialmente las de las conquistas de Alejandro en la India, estaban tan alejadas y eran tan dilatadas, que su defensa era prácticamente imposible. Así, Seleuco I cedió sus posesiones en la India a Chandragupta, el fundador de la gran dinastía Maurya, a cambio de una vaga alianza y del envío de 500 elefantes de guerra. Seleuco mandó luego un embajador, Megasthenes, a la corte de Chandragupta en Pataliputra. Sus escritos dieron a conocer la India en el mundo helénico. A continuación se perdieron las satrapías orientales de lo que ahora es Afganistán. A mediados del siglo -III, el sátrapa o estratega de la Bac-

triana, Diódotos, se declaró independiente de la monarquía seléucida. Hacia -246, el sátrapa de Partia, Andrágoras, hizo lo mismo. Poco después una tribu de jinetes nómadas iraníes ocupó Partia, tomando el nombre de la región y llamándose a sí mismos desde entonces los partos. Sus reyes -los arsakidas- se llamaban todos Arsakes, y su influencia no hizo desde entonces más que crecer.

El gran monarca seléucida Antíoco III Megas realizó entre -212 y -205 una gran expedición militar al Oriente, que recordaba a la de Alejandro, a fin de consolidar su imperio. Logró recuperar la satrapía de Persis, que se le escapaba de las manos. Pero en Baktría se vio obligado a reconocer como rey a Euthydemos, a cambio de un vago vasallaje. El hijo de Euthydemos, Demetrio, extendería su reino greco-baktriano sobre la India del noroeste, aprovechando el colapso del Imperio Maurya. Pero los indogriegos ya no dependían para nada de los seléucidas, con los que perderían todo contacto, debido a la expansión de los partos. Antíoco III también tuvo que reconocer al parto Arsakes III como rey independiente. En el siglo siguiente los partos conquistarían toda Mesopotamia, incluida Babilonia y Seleucia. Pero de momento las campañas orientales de Antíoco III habían sido un éxito. Antíoco volvió como triunfador, lleno de prestigio, botín y elefantes. Poco después conquistó y anexionó a su reino el Levante (Israel y el Líbano), hasta entonces en manos de los Ptolemeos.

Por desgracia para él, hacia el final de su vida Antíoco se dejó enredar en una fútil guerra contra los romanos en Tracia, para la que no estaba preparado. Fue derrotado y, por el tratado de Apamia (-188), tuvo que aceptar las

durísimas condiciones romanas, que incluían la renuncia a Anatolia (a partir de los montes Tauros), la entrega de toda su flota y sus elefantes, y el pago de unas reparaciones altísimas (12.000 talentos de plata, cantidad increíble). A partir de ese momento, la monarquía de los seléucidas entró en imparable decadencia.

A Antíoco III Megas sucedieron sus hijos Seleuco IV y Antíoco IV Epifanés (el dios que se aparece). Este último fue un monarca valiente y capaz, que llegó a conquistar Egipto, aunque tuvo que renunciar humillantemente a su conquista por orden del emisario romano. Nadie se atrevía a desobedecer a Roma, y menos que nadie Antíoco IV, que conocía bien a los romanos, por haber pasado su juventud entre ellos, como rehén.

Durante el siglo -III Judea había dependido del Egipto ptolemaico. Tras la anexión del Levante por Antíoco III Megas, había pasado a los dominios de la monarquía seléucida. Tanto los Ptolemeos como los seléucidas habían respetado la autonomía local de los judíos, bajo la autoridad del sumo sacerdote del templo de Jerusalén. Pero el tratado de Apamia obligaba a los seléucidas a pagar a Roma enormes reparaciones anuales. Antíoco IV tenía dificultades para encontrar la plata y oro que necesitaba para pagar tales reparaciones. En esa situación empezaron a llegarle rumores de que el templo de Jerusalén atesoraba gran cantidad de plata y oro. Pero el sumo sacerdote, Onías III, se negaba a entregarle las riquezas del templo.

Muchos judíos habían emigrado a diversas ciudades helenísticas, sobre todo a Alejandría. Esos judíos habían olvidado el hebreo y se habían helenizado. También a Ju-

dea mismo había llegado el helenismo, sus modas, ideas y maneras de vivir. Esto había provocado una intensa reacción en contra del helenismo entre los círculos más tradicionalistas y ortodoxos como los *jasidim* (piadosos). Josué, hermano de Onías III, era uno de los judíos helenizados; incluso cambió su nombre hebreo de Josué por el griego de Iason. Josué (o Iason) ofreció a Antíoco IV gran parte de los fondos del templo, a cambio de que éste lo colocase como sumo sacerdote, en vez de su hermano Onías III. Así lo hizo. El nuevo sumo sacerdote Josué empezó a introducir en Jerusalén las típicas instituciones de las ciudades helenísticas, como el gimnasio, donde los jóvenes practicaban desnudos los deportes, con gran escándalo de los tradicionalistas. Luego, un primo suyo, Menélaos, aún ofreció más fondos del templo a Antíoco, que lo nombró nuevo sumo sacerdote.

Mientras Antíoco IV luchaba contra Egipto, los judíos se peleaban entre ellos, helenizados contra tradicionalistas, amigos de Josué contra seguidores de Menélaos, proselécidas contra partidarios de los Ptolemeos. En -167 volvía Antíoco de su frustrada victoria en Egipto, es de suponer que de muy mal humor, y decidió pacificar de una vez por todas Judea, helenizándola e integrándola por completo. Entró en el templo de Jerusalén, que transformó en templo de Zeus-Yahveh, abolió la fiesta del *sabbath* y prohibió la circuncisión. Al principio los judíos se resistieron pasivamente, pero pronto pasaron a la resistencia activa, conducidos primero por Matatías y luego por su hijo Judas Macabeo, al que se unieron los *jasidim*. Entre todos formaron un fogoso movimiento guerrillero, que logró derrotar a los judíos helenizados y

a la guarnición dejada por los seléucidas. Judas reconquistó Jerusalén, purificando el templo (es esa purificación la que celebran los judíos en su fiesta del *Januká*). A Judas Macabeo sucedió su hermano Jonatán, que se proclamó sumo sacerdote, y a éste su hermano Simón, que en -142 consiguió la independencia de Judea. El dominio judío fue ampliándose, y en -104 Aristóbulo I se proclamó rey de Judea, además de sumo sacerdote.

Así como el reino de los partos había ido ampliando sus territorios a costa de las satrapías orientales del reino seléucida, así también Pérgamo (con la ayuda de Roma) se había expansionado a su costa por el oeste. Pérgamo era una ciudad de la Anatolia noroccidental. En su ciudadela se había hecho fuerte Philetairos, en cuyas manos había caído el tesoro de Lisímaco. Uno de sus sucesores, Attalos I Soter, se proclamó rey después de vencer a los celtas (o gálatas) que asolaban Anatolia. Él fue también el principal beneficiario de la derrota de Antíoco III Megas por los romanos. Por la paz de Apamia, Antíoco III tuvo que renunciar a casi toda Anatolia, y la mayor parte de esas tierras así abandonadas fueron a parar a manos de Attalos. Su corte era un gran centro cultural. El gran monumento a la victoria (de Attalos sobre los gálatas) de Pérgamo era una de las obras maestras del arte helenístico. La biblioteca de Pérgamo era la segunda mayor del mundo, solo superada por la de Alejandría. Cuando los Ptolemeos, celosos de su primacía, prohibieron la exportación de papiro a Pérgamo, los escribanos de su biblioteca pasaron a copiar los libros en cuero de cordero adecuadamente preparado, inventando así el pergamino. De todos modos, el prestigio de Attalos y de su dinastía de

los Attalidas nunca fue excesivo. Todo el mundo sabía que su grandeza se debía al apoyo romano. Al morir sin hijos el último rey de la dinastía, Attalos III, consciente de que ningún sucesor suyo podría tomar decisión alguna sin el permiso de Roma, sacó las consecuencias prácticas de la situación, dejando en su testamento (en -133) su reino a Roma.

A principios del siglo -I solo el rey Mitrídates VI del Pontos se opuso con energía a la prepotencia romana en el Mediterráneo oriental. Una vez vencido por Pompeyo, ya nada frenaba a las legiones romanas. El año -64 Pompeyo anexionó Siria, que era lo único que quedaba del Imperio Seléucida, como provincia romana. A continuación conquistó Jerusalén tras un fácil asedio, declarando también Judea provincia romana.

El Egipto de los Ptolemeos

A la muerte de Alejandro Magno sus compañeros de armas y sucesores (*diádokhoi*) se repartieron los amplios territorios de su imperio. La rica satrapía de Egipto correspondió en este reparto a Ptolemeo, que rápidamente se trasladó al país del Nilo, donde cimentó su poder. Ptolemeo se opuso desde el principio a todos los esfuerzos tendentes a mantener la unidad del imperio, como pudo comprobar el primer regente, Perdikkas, que murió en el intento de atravesar el Nilo. El relativo aislamiento de Egipto, rodeado de mares y desiertos, lo hacía casi inexpugnable.

Después que Antígono se proclamase rey en -306, el primero en seguir su ejemplo fue Ptolemeo, llamado

Ptolemeo I Soter (el salvador). Su padre se llamaba Lagos, y por eso la dinastía fundada por Ptolemeo I se conoce también como la de los lágidas. Todos los reyes de esa dinastía se llamaron Ptolemeo, como el fundador, mientras que las reinas alternaron los nombres de Cleopatra, Arsinoe y Berenike. De hecho la dinastía de los lágidas o Ptolemeos fue la primera de las dinastías helenísticas en consolidarse y la última en ser derrocada. Permaneció en el poder durante tres siglos.

Ptolemeo I fue un hábil político. Mientras la comitiva fúnebre que acompañaba al sarcófago dorado de Alejandro, jalado por 64 mulas, atravesaba Siria, camino de Aigai, Ptolemeo recordó que Alejandro había manifestado en vida su deseo de ser enterrado en el oasis de Siwa. En cualquier caso hizo desviarse a la comitiva hacia Egipto, donde Alejandro fue enterrado, primero en Menfis y luego en Alejandría. El haber enterrado en su capital a Alejandro confirió a Ptolemeo una reputación inicial muy grande entre los griegos. Para los egipcios era el nuevo faraón. Además, y como veremos en el capítulo 6, supo convertir a su capital en el centro indiscutido de toda la cultura helenística, sobre todo mediante el establecimiento del famoso Museo y Biblioteca de Alejandría, ayudado por el peripatético Demetrio de Fáleron.

Ptolemeo II Filádfos (que ama a su hermana) recibió su sobrenombre por haber sido el primer monarca helenístico que se casó con su propia hermana, con gran escándalo de los griegos, aunque luego su ejemplo sería seguido por otros reyes lágidas y seléucidas. De hecho el tabú del incesto solo valía para los mortales, y los reyes helenísticos eran dioses, estaban por encima de las nor-

mas vulgares. También Hera, la esposa de Zeus, era al mismo tiempo su hermana. Arsinoe, que previamente había estado casada con el rey de Tracia Lisímaco y con su propio hermanastro Ptolemeo Keraunós, regresó a Egipto en -279, casándose con gran pompa con su hermano el rey Ptolemeo II. La boda fue celebrada como desposorio entre Zeus y Hera. La pareja recibió honores divinos como dioses hermanos (*theoi adelphoi*). Tras su muerte, a Arsinoe le fueron dedicados templos y recibió culto propio.

Cuatro grandes reyes lágidas gobernaron Egipto durante el siglo -III: Ptolemeo I Soter, Ptolemeo II Filádfos, Ptolemeo III Euergetes (el benefactor) y Ptolemeo IV Filopátor (que ama al padre). Bajo su reinado Egipto floreció económica, cultural y militarmente. Por un lado arrebataron el Levante (Israel y Líbano) a los seléucidas. Por otro incorporaron a sus dominios la Kilikía, el puerto de Éfeso y las islas de Chipre, Samos y Lesbos. La posesión de la mayor flota y de tantos y buenos puertos, incluido el propio y más importante de todos, el de Alejandría, confería a los Ptolemeos la hegemonía marítima en el Mediterráneo oriental.

Respecto a la vieja Grecia, los Ptolemeos seguían la política de apoyar la libertad e independencia de las *póleis* frente a las pretensiones de Macedonia. Esto, unido a los suntuosos regalos que continuamente enviaban a los santuarios griegos, contribuyó a su buena imagen y prestigio. Además, los monarcas lágidas, a diferencia de los seléucidas, eran reconocidos como griegos y macedones puros, sin mezcla alguna de sangre oriental.

Durante los siglos -II y -I el Egipto de los Ptolemeos entró en decadencia. Las intrigas y luchas intestinas en-

tre miembros de la dinastía lágida, las revueltas populares, la crisis económica y el carácter débil e incompetente de los reyes erosionaron considerablemente su potencia. Los seléucidas reconquistaron el Levante y Antíoco IV estuvo a punto de conquistar y anexionar Egipto a su reino, impidiéndolo solo la oposición de Roma, con la que el Egipto ptolemaico siempre había mantenido amistosas relaciones.

Roma podría haber ocupado el debilitado Egipto en cualquier momento. Sin embargo, lo respetó hasta el final, siendo el reino helenístico que más tardó en anexionar a su imperio. La última reina de Egipto, Cleopatra VII, era una mujer de extraordinaria inteligencia, políglota (fue la primera reina en hablar también egipcio, además de griego), astuta y atractiva. Supo seducir e influir decisivamente en dos de los más grandes hombres de su época: César y Antonio. Con César tuvo un hijo, con Antonio tres. El destino del mundo mediterráneo se decidió en la lucha final entre Octavio y Antonio. El triunfador sería emperador de todo el mundo conocido. Si hubiera triunfado Antonio, Cleopatra habría sido emperatriz. Pero Octavio venció a Antonio en la batalla de Aktion, en el año -31. Antonio y Cleopatra, que se presentaban como Dionisio e Isis, derrotados, volvieron a Alejandría, seguidos al año siguiente por Octavio, que logró atraparlos en el palacio real, donde se suicidaron. Octavio declaró extinguida la monarquía de los lágidas y proclamó a Egipto provincia romana. Con esto la época helenística había terminado.

Durante los tres siglos que duró su reinado, los monarcas lágidas jugaron un doble papel. Por un lado eran los

faraones de un país profundamente tradicional, cuyos usos y costumbres ellos respetaban escrupulosamente. Así mantuvieron la ancestral división del país en *nomoi* asignando a cada *nomós* un jefe egipcio local, un estratega griego y un recaudador de impuestos. Así también restauraban y cuidaban los templos tradicionales de los dioses egipcios, manteniendo el culto en todos ellos. Por otro lado eran monarcas helenísticos, protectores de los griegos, y promotores de su cultura. Así en la capital, Alejandría, se rendía culto, además de a los propios reyes lágidas y sus antepasados, a los dioses griegos. De la síntesis de ambas tendencias surgió el curioso y popular culto a Serapis, divinidad compuesta de Osiris, señor de los muertos, y del sagrado buey Apis, pero con atributos y aspecto de Zeus. En la corte de Alejandría solo se hablaba griego, no egipcio, y se bebía vino (como los griegos), no cerveza (como los egipcios). De hecho, la separación entre la gran ciudad helénica y el campo egipcio era más acusada que en el reino seléucida. Y los Ptolemeos no siguieron la costumbre seléucida de crear ciudades griegas en el interior, con la excepción de Ptolemaís, en el Alto Egipto.

La economía de Egipto funcionaba de un modo sumamente organizado, planificado y burocrático. La burocracia centralizada estaba presidida por un primer ministro (*diokétes*) y ocupaba a miles de funcionarios en los grandes ministerios de Alejandría. Egipto dependía del comercio, incluso para los materiales (hierro, madera...) necesarios para la fabricación de las armas. Su principal producto de exportación era el trigo, aunque también el papiro y los tejidos de lino (griegos y romanos solo los

producían de lana) ocupaban un lugar importante. La burocracia estatal controlaba, por ejemplo, la cosecha de lino, la producción de cada telar y la exportación de los tejidos terminados. Otra saneada fuente de ingresos provenía de los derechos aduaneros con los que los Ptolemeos gravaban las mercancías que, procedentes de África (marfil), Arabia (inciense) y la India (especias), pasaban por el puerto de Alejandría camino de los otros puertos del Mediterráneo.

Alejandría era la mayor ciudad del mundo entonces conocido. Era una ciudad cosmopolita, con más de 300.000 habitantes, de los cuales la mitad eran griegos y la otra mitad egipcios, fenicios, judíos, etc. Todos hablaban griego, la versión estandarizada y simplificada del dialecto ático conocida como *koiné*. Incluso los componentes de la numerosa y próspera colonia judía de Alejandría habían olvidado el hebreo y no hablaban más que griego, por lo que ya no entendían los libros hebreos conocidos como Biblia. Por eso tuvieron que traducirlos al griego para poder seguir leyéndolos, traducción (la «Septuaginta») llevada a cabo en relación con la Biblioteca de Alejandría y con el apoyo de Ptolemeo II.

Al unir mediante un istmo artificial la costa de Alejandría con la isla de Faros, se habían creado dos magníficos puertos, uno mercantil y otro militar. El puerto de Alejandría era el más activo de todo el Mediterráneo, y su importancia y prosperidad quedaba simbolizada por la gran torre de 130 metros de altura construida en la isla de Faros, sobre la que un espejo de acero bruñido reflejaba la luz del sol y orientaba a los barcos durante el día, mientras que un fuego permanente cumplía la

misma función por la noche. De ahí viene nuestra palabra «faro».

La situación económica y social

La época helenística se extiende convencionalmente desde el año -323, en que murió Alejandro Magno, hasta el año -30, en que Egipto fue convertido en provincia romana.

La primera parte, que abarca todo el siglo -III y quizá hasta la paz de Apamia, en -188, fue una época de gran prosperidad económica. Los grandes reyes persas habían acumulado inmensos tesoros de plata y oro en sus palacios de Susa y Persépolis. Alejandro y sus sucesores gastaron alegremente esa enorme cantidad de metal precioso, poniéndolo en circulación en forma de moneda acuñada. Ese repentino aumento de la cantidad de dinero disponible produjo un gran incremento de la actividad económica. La demanda de objetos de lujo creció rápidamente, provocando el auge de la artesanía y el comercio. Al mismo tiempo, el aumento del dinero en circulación y de la demanda arrastró los precios hacia arriba, causando una considerable inflación. Crecimiento económico e inflación caracterizaron la primera parte de la época helenística.

La segunda parte, que va del -188 hasta el -30, se caracteriza por la imparable expansión romana en el Mediterráneo oriental. Tras la paz de Apamia el rey Antíoco III y sus sucesores tuvieron que vaciar sus palacios y saquear ciudades y templos del reino seléucida para po-

der entregar las enormes reparaciones exigidas por Roma. Después de la batalla de Pidna (en -168), los romanos saquearon Macedonia, llevándose toda la plata del reino. Durante sus guerras con Mitrídates los romanos esquilmaron toda la plata que quedaba en Grecia y Anatolia. Y las nuevas provincias romanas eran explotadas de un modo brutal, exigiéndoseles el pago de impuestos imposibles de pagar, que solo podían satisfacer a base de endeudarse completamente con los prestamistas italianos. En definitiva, toda la plata de los tesoros persas, que había sido puesta en circulación por Alejandro, desapareció de nuevo de la circulación del mundo helenístico, encaminándose hacia Roma. Al final de la época helenística todo el Mediterráneo oriental estaba arruinado y abocado a la bancarrota.

A pesar de todos los cambios económicos, el proceso de helenización no se interrumpió. En todos los países del Mediterráneo oriental se habían establecido los griegos, que se habían casado con mujeres nativas y habían fundado familias y ciudades griegas. La lengua griega se hablaba en todas partes, incluso en los países iraníes y anatolios independientes, como Bithynia, Pontos o Capadocia, cuyas familias reales pasaron primero a ser bilingües y luego a hablar exclusivamente en griego. Attalos II de Pérgamo y Ariarthes V de Capadocia estudiaron juntos en Atenas con el filósofo académico Carnéades. Excepto en Judea, la lengua, las ideas, las instituciones y las costumbres griegas fueron aceptadas por doquier, sobre todo por los intelectuales, los comerciantes, los administradores y los hombres de negocios. El mundo se había hecho más ancho, se viajaba más y más fácilmente,

los horizontes culturales y comerciales se habían ampliado de modo espectacular.

Incluso la esclavitud contribuyó a la unificación y helenización de aquel mundo, con su trasiego de hombres y mujeres de un lugar a otro. Durante la primera parte de la época helenística la esclavitud se mantuvo dentro de los límites normales en la Antigüedad. Básicamente los esclavos eran los prisioneros de guerra a los que se había perdonado la vida. Los piratas trataban de cazar humanos en la costa para venderlos luego como esclavos en otro sitio, pero la poderosa flota de Rodas mantenía el mar razonablemente libre de piratas. Y los reyes protegían a sus súbditos. Así, los Ptolemeos no permitían que ningún egipcio fuese esclavizado.

La situación cambió dramáticamente en la segunda parte de la época helenística. Los romanos impidieron a Rodas continuar haciendo de policía de los mares, con lo que éstos quedaron infestados de piratas, que no solo impedían el normal desarrollo del comercio, sino que asolaban las costas en busca de esclavos, que luego vendían en Italia. Sobre todo, los cónsules y pretores romanos tenían una codicia sin límites. Además de saquear y esquilmar países, templos y ciudades, y no contentos con esclavizar a los prisioneros de guerra, con frecuencia se llevaban como esclavos a toda la población. Así, en -167, al año siguiente de la batalla de Pidna, Aemilius Paulus se llevó más de 100.000 esclavos de la región de Ipiros. En conjunto, los romanos trasladaron del Mediterráneo oriental a Roma muchos millones de esclavos, cientos de miles al año.

2. Continuadores y precursores

La filosofía en Atenas

Durante la época helenística la ciencia y la filosofía, hasta entonces unidas e indistinguibles, se separaron desde varios puntos de vista, incluso geográficamente. La ciencia se hacía en islas ricas y bien protegidas, como Sicilia y Rodas, y, sobre todo, en Alejandría, la capital del más opulento de los reinos helenísticos y ciudad prácticamente inexpugnable, dado su relativo aislamiento, rodeada de mares y desiertos. Evidentemente, también la generosa munificencia de los Ptolemeos contribuyó poderosamente al esplendor científico de Alejandría. Atenas, por el contrario, era una ciudad que había perdido su poder y su riqueza y, además, durante la época helenística estuvo sometida a continuos asedios y conquistas, que hacían de ella un lugar inseguro e inestable. A pesar de todo, Atenas no solo mantuvo, sino que incluso afianzó su papel de capital filosófica

del mundo durante esta época. Ello se debió, sobre todo, a que era la sede de las escuelas filosóficas.

Una escuela filosófica no era meramente una doctrina o una inspiración intelectual. También era un grupo de hombres más o menos adheridos a esa doctrina o inspiración, que residían permanentemente en Atenas y que reconocían a uno de entre ellos como jefe de la escuela o escolarca. Y también era un edificio y unos terrenos, así como cierto mobiliario y libros, que eran propiedad del escolarca de turno, a cuya muerte se transmitían a su sucesor. El sucesor era a veces nombrado por el escolarca anterior y otras veces era elegido por votación entre los miembros de la escuela.

La introducción de la enseñanza superior en Atenas había sido obra de los sofistas del siglo -V, pero éstos eran itinerantes y solo permanecían en la ciudad por temporadas. La primera institución estable de este tipo fue la escuela de retórica de Isócrates en el siglo -IV, pero la institución desapareció a la muerte de su fundador. El primer oyente de Sócrates que fundó un círculo filosófico permanente fue Euclides de Megara, que en esa ciudad fundó una escuela famosa por su habilidad dialéctica y erística, escuela al frente de la cual fue sucedido por otros filósofos de la misma orientación, como Eubúlides y Estilpón (*Stilpōn*), que heredaron la casa de Euclides y continuaron su tradición intelectual. Pero esta escuela no tuvo la larga continuidad y extraordinaria fama que alcanzaron las cuatro escuelas atenienses: la Academia, fundada por Platón; el Liceo o Perípatos, fundado por Aristóteles; el Jardín, fundado por Epicuro, y la Stoa, fundada por Zenón de Kiton.

La Academia era la más antigua y venerable de las escuelas filosóficas atenienses. Fundada por Platón hacia -387, utilizaba las instalaciones públicas del gimnasio, jardín y santuario dedicado al héroe Akádemos, además de un edificio cercano comprado por el fundador. En su época inicial había sido una institución científica brillante y fecunda, en la que habían coincidido simultáneamente pensadores de la talla de Platón, Eudoxo y Aristóteles. Tras la muerte de Platón había decaído considerablemente. Su sobrino, heredero y sucesor, Spéusippos era un hombre intelectualmente mediocre. El escolarca siguiente, Xenokrates, acentuó el componente pitagórico del platonismo, desarrollando una serie de elucubraciones metafísico-matemáticas de muy discutible valor, tales como que los números son las esencias de las cosas, la unidad y la díada son los dioses que gobiernan el mundo y el alma es un número que se mueve a sí mismo. En realidad, la Academia solo volvió a hacerse interesante con Arcesilao, que llevó a cabo una verdadera revolución, abandonando el platonismo de la escuela en favor de un vigoroso escepticismo, iniciando así la etapa conocida como Nueva Academia.

El más brillante discípulo de la Academia, Aristóteles, fundó su propia escuela, el Liceo (*Lýkeion*), así llamada por el gimnasio, jardín y santuario dedicado a Apolo lobuno (*lýkeios*), en cuyas instalaciones desarrollaba Aristóteles sus actividades. La escuela se conocía también como el *Perípatos* (paseo), por la presunta costumbre de su fundador de pasear (*peripatein*), mientras discutía con sus discípulos. La escuela aristotélica tuvo desde el principio un carácter distinto de la platónica,

menos dada al misticismo y las matemáticas y más centrada en la erudición y las ciencias naturales. Siendo Aristóteles extranjero, no pudo adquirir propiedad alguna en Atenas, ciudad donde tenía muchos enemigos por sus conexiones con la corte macedona. A la muerte de Alejandro Magno tuvo que huir de Atenas, falleciendo al año siguiente, siendo sucedido al frente de la escuela por Teofrasto, su discípulo predilecto. Aristóteles había nombrado albacea testamentario al virrey macedón, Antípatro. El hijo y sucesor de éste, Casandro, nombró dictador de Atenas a un miembro del Perípatos, Demetrio de Fáléron, discípulo y amigo de Teofrasto, a quien regaló terrenos y edificios para la escuela. Teofrasto fue un pensador importante y polifacético; que conservó la universalidad de intereses científicos de Aristóteles. A su muerte legó su enorme biblioteca (que era la de Aristóteles) a Neléus, con la intención de señalarle como su sucesor, pero sus compañeros prefirieron elegir como nuevo escolarca a Estratón de Lámpsaco (*Strátōn Lampsakēnós*). Neléus, ofendido, se retiró a su ciudad natal, Skepsis, en la Tróade, llevando consigo todos los libros y en especial todos los manuscritos de Aristóteles, y dejando así a la escuela sin biblioteca. Estratón fue todavía un filósofo de algún interés, que trató de dar un sesgo más empírico a la física aristotélica, renunciando a las causas finales, pero después de su muerte la escuela quedó sumida en un completo sopor y convertida de hecho en una simple escuela de retórica. Por un lado, la situación misma de la escuela, junto al lado externo de las murallas de Atenas, la hacían físicamente vulnerable a los frecuentes asedios y guerras, que seguramente pronto acabaron con las co-

lecciones reunidas por Aristóteles y Teofrasto, tan necesarias para la investigación empírica. Por otro lado, la falta de la biblioteca, llevada por Neléus a Skepsis, tuvo un efecto desastroso para la marcha de la escuela, que incluso carecía de gran parte de las obras escritas por su fundador.

Epicuro, ciudadano romano, no tuvo problemas en adquirir un edificio y terreno, el Jardín por antonomasia, que fue desde entonces la sede y la propiedad de la escuela. Zenón de Kition, finalmente, fundó la escuela estoica, así llamada por la Stoa o pórtico pintado donde daba sus clases. Pobre y extranjero que era, Zenón no pudo adquirir propiedades, pero sus sucesores remediaron la situación. Del epicureísmo y el estoicismo trataremos en capítulos especiales, como se merecen la originalidad e influencia de ambas escuelas. Pero el pensamiento estoico sería inconcebible sin el previo desarrollo de la lógica megárica y de la moral cínica, por lo que parece conveniente dedicarles una mínima atención.

La lógica megárica

Euclides de Megara (*Eukleídēs Megarikós*) fue uno de los más viejos discípulos y oyentes de Sócrates. A la muerte del maestro y temiendo por su propia seguridad, Platón abandonó provisionalmente Atenas y se refugió en casa de Euclides, en Megara. A pesar de estas buenas relaciones personales, Euclides de Megara fue un ácido crítico de la teoría platónica de las formas, defendiendo un monismo parmenídeo de estricta observancia. Sus discípulos

y sucesores se conocen con el nombre de megáricos. Las tesis positivas de la escuela, todas de origen parmenídeo —la unidad de todo lo existente, la inexistencia del cambio, la identificación de lo existente y lo bueno—, son de escasa originalidad o interés. Lo importante de la escuela es el entusiasmo casi deportivo con que practicaban la discusión dialéctica, la crítica y la refutación de todas las demás doctrinas y escuelas, incluidas las de Platón y Aristóteles. También gustaban de las paradojas. Esta práctica de la refutación y este gusto por las paradojas despertó en ellos el interés por la lógica, en la que algunos descollaron.

Uno de los discípulos de Euclides fue Eubúlides de Mileto (*Euboulídēs Milésios*), famoso por las paradojas que propuso. Una de ellas estaba destinada a ocupar la atención de los lógicos hasta nuestros días. Se trata de la llamada paradoja del mentiroso. Alguien dice: «Miento». ¿Miente? Si miente, no miente (pues dice la verdad). Si no miente, miente (pues dice algo falso). Ésta es la primera de una serie de paradojas que resultan de que un enunciado afirme su propia verdad o falsedad. Solo en nuestro siglo han podido ser solucionadas, gracias a la distinción (por Tarski) de lenguaje y metalenguaje.

Los dos lógicos más importantes de la escuela de Megara fueron Diodoro Crono (en griego, *Diódōro Krónos*) y Filón de Megara. Filón fue discípulo aventajado de Diodoro, con quien frecuentemente discutía. Ambos hicieron aportaciones importantes al progreso de la lógica, tanto respecto al análisis de la conexión de enunciados como en la lógica modal.

Diodoro y Filón iniciaron una famosa polémica sobre el análisis correcto de los enunciados condicionales.

«Hasta los cuervos –escribía el poeta Kalímakhos– discuten a graznidos por los tejados sobre el verdadero condicional.» Un condicional es un enunciado compuesto del tipo «si *A*, entonces *B*» (donde *A* y *B* son enunciados cualesquiera).

Filón de Megara fue el primero en definir el valor veritativo (la verdad o falsedad) del condicional en función de los valores veritativos de sus componentes, del siguiente modo: un condicional «si *A*, entonces *B*» es falso si y solo si su antecedente, *A*, es verdadero y su consiguiente, *B*, falso. En los demás casos (es decir, si *A* y *B* son ambos verdaderos, o ambos falsos, o *A* falso y *B* verdadero) el condicional es verdadero. Ésta sigue siendo exactamente la concepción actual del condicional. El siguiente cuadro, que representa el análisis veritativo funcional de Filón, coincide con las actuales tablas de verdad. Las cuatro líneas representan las cuatro combinaciones posibles de valores veritativos (*V*, verdad, y *F*, falsedad) entre antecedente y consiguiente, seguidas del resultante valor veritativo del condicional entero.

| <i>A</i> <i>B</i> | si <i>A</i> , entonces <i>B</i> |
|-------------------|---------------------------------|
| <i>V</i> <i>V</i> | <i>V</i> |
| <i>V</i> <i>F</i> | <i>F</i> |
| <i>F</i> <i>V</i> | <i>V</i> |
| <i>F</i> <i>F</i> | <i>V</i> |

Diodoro Crono se opuso al análisis filónico del condicional, del que se desprendería que el mismo condicional sería unas veces verdadero y otras, falso, según el momento en que lo consideremos. Así, si digo «si es de día,

ando» y, en este momento, es de día y ando, el condicional es verdadero. Pero un rato después, aunque sigue siendo de día, dejo de andar. El condicional pasa entonces a ser falso. Más tarde anochece, con lo que (aunque sigo sin andar) el condicional «si es de día, ando» pasa de nuevo a ser verdadero (por ser su antecedente falso). Esta crítica de Diodoro se basa en un malentendido. Diodoro habla como si la verdad o falsedad se predicasen de la oración «si es de día, ando», es decir, «si es de día (ahora), ando (ahora)». Pero esta oración no es verdadera ni falsa, lo que es verdadera o falsa es la idea o proposición expresada al proferirla en un momento determinado. Y, claro está, en cada momento en que la proferimos, expresaremos una idea distinta. No se trata de que la oración pase a ser verdadera o deje de ser verdadera. Lo que ocurre es que con la misma oración expresamos primero una idea verdadera (intemporalmente verdadera) y luego, más tarde, otra idea distinta, falsa (intemporalmente falsa). El análisis veritativo del condicional no se refiere a la oración condicional. Y para la idea o proposición condicional, el análisis de Filón no está sujeto a las objeciones de Diodoro, pues el valor veritativo de la idea condicional no cambia con el tiempo, sino que es intemporal.

Diodoro propuso precisar el valor veritativo del condicional de un modo temporal. El condicional «si *A*, entonces *B*» es verdadero si y solo si en ningún momento ocurre que *A* sea verdadero y *B*, falso. Esta definición solo es comprensible si los valores veritativos se predicen de las oraciones y cambian con el tiempo.

Diodoro ofreció también un análisis temporal de las modalidades, que puede resumirse en las siguientes leyes:

- 1) Es necesario que *A* si y solo si *A* es verdadero ahora y será verdadero en todo momento futuro.
- 2) Es imposible que *A* si y solo si *A* es falso ahora y será falso en todo momento futuro.
- 3) Es posible que *A* si y solo si *A* es verdadero ahora o será verdadero en algún momento futuro.
- 4) Es innecesario que *A* si y solo si *A* es falso ahora o será falso en algún momento futuro.

Diodoro defendió hábilmente su concepción de las modalidades, utilizando un famoso en la Antigüedad para apoyar su definición de lo posible en (3), que algunos habían atacado por entender que implicaba el determinismo. Es posible que el pasaje del *Peri Hermēneías* donde Aristóteles pone en duda el principio del tercio excluso, a fin de rechazar sus implicaciones deterministas (ejemplificadas en el caso de la batalla naval), sea una reacción frente a los argumentos de Diodoro. De todos modos, la tesis de Diodoro tiene menos mordiente del que aparenta, pues si bien de ella se sigue que todo lo posible será verdadero, aquí hay que entender los términos «posible» y «necesario» no en el sentido normal (al que se refiere la polémica sobre el determinismo), sino en el distinto y peculiar sentido en que los ha definido Diodoro. Decir aquí que todo lo posible es o será verdadero equivale exactamente a decir que todo lo que es o será verdadero es o será verdadero, lo cual no parece excesivamente inquietante.

Filón criticó las propuestas de su maestro, especialmente la de que algo es posible si y solo si es o será verdadero. Un trozo de madera en el fondo del mar es combus-

tible —es decir, puede arder, es posible que arda— aunque de hecho nunca haya ardido ni llegue a arder.

Es muy difícil seguir en detalle las discusiones entre Diodoro y Filón, pues sus escritos se han perdido. Pero los escasos fragmentos conservados bastan para atestiguar la extraordinaria originalidad y agudeza de estos dos pensadores.

La ética cínica

La mayoría de los oyentes de Sócrates solían ser jóvenes pertenecientes a las mejores familias de Atenas, ciudadanos ricos, guapos y bien vestidos, cuyo aseo impecable contrastaba con el descuido del maestro por su atuendo personal. Pero de vez en cuando también se colaban jóvenes de más baja estofa. Uno de ellos fue Antístenes.

Antístenes (en griego, *Antisthénēs*) nació en Atenas hacia -450 como hijo de un ateniense pobre y de una esclava tracia. Fue primero discípulo de Gorgias y otros sofistas, de quienes aprendió el contraste entre convención y naturaleza, que tan gran papel jugaría luego en su propio pensamiento. Descubrió luego a Sócrates, a quien siguió en lo sucesivo. Más que sus enseñanzas, lo que fascinaba a Antístenes era la independencia de carácter de Sócrates, su falta de ambición, su indiferencia al qué dirán de los demás, el descuido de su propia indumentaria, su preocupación por su propia alma, su auto-dominio.

Una vez muerto Sócrates, Antístenes se sintió llamado a imitar su ejemplo, extremando los rasgos de indepen-

dencia desabrida y autosuficiente que él había creído vislumbrar en su carácter. Y se puso a enseñar o predicar su moral en el gimnasio llamado *Kynósarges*, donde se reunían forasteros de baja condición.

Antístenes atacaba el lujo, la riqueza, el placer sensual, la ambición, las convenciones y leyes de la *pólis*, que se oponen a la naturaleza, a la virtud natural, que consiste en el autodominio y la autosuficiencia, que solo se consiguen mediante el desprecio de los bienes exteriores, mediante la práctica del ascetismo.

Antístenes no reconocía la familia ni la *pólis* como instituciones naturales. Predicaba el amor libre y la comunidad de mujeres e hijos, idea luego adoptada por Platón en su *República*. Pero Antístenes se opuso rabiosamente a Platón —«veo este caballo, pero no la caballidad», decía criticando su teoría de las formas—, como se opuso también a la religión, a la medicina, a la geometría, a la astronomía y a la cultura entera de su tiempo, que en su opinión se reducía a superflua palabrería. Lo que el hombre necesita para ser feliz es la virtud moral, el autodominio, la indiferencia al resto del mundo, y eso no se obtiene con palabras ni filosofías, sino con el ejemplo y la ascesis.

Esta actitud se fue extendiendo y recibió el nombre de cínica, quizá por el nombre —*Kynósarges*— del gimnasio en que Antístenes predicaba su desabrida moral, o quizá por el sobrenombre de «perro» (*kýōn*), que Diógenes se puso a sí mismo, pues «cínico» significaba «perruno» o «discípulo del perro».

Diógenes de Sinope nació a principios del siglo —IV en Sinope, puerta de la costa anatolia del mar Negro. Al ser condenado su padre por falsificar moneda, Diógenes fue

desterrado de su país, refugiándose en Atenas, donde permaneció la mayor parte de su vida, aunque murió en Corinto hacia el —324. Fue, pues, coetáneo de Aristóteles.

Diógenes llevó la actitud de desprecio a las convenciones y bienes exteriores a sus últimas consecuencias, rayanas en la desvergüenza y el exhibicionismo. Andaba por las calles de Atenas medio desnudo, envuelto en un manto sucio y provisto de un bastón de mendigo, maloliente y desaseado, con el pelo y la barba sin cortar. Orinaba y defecaba en plena calle, sin preocuparle la presencia de espectadores. Llegó a vivir en un tonel. Se alimentaba de las migajas, trozos de pan e higos que le daban de limosna. Si disponía de carne, la comía cruda.

Diógenes era ya el cínico perfecto y consciente, que se calificaba a sí mismo como tal, como perro. En efecto, tenemos que tomar ejemplo de los animales, que viven conforme a la naturaleza y llevan una vida sencilla y autosuficiente, ajenos a la vergüenza, la ambición, la codicia y las convenciones sociales. También nosotros hemos de vivir conforme a la naturaleza, conforme a la virtud natural que es idéntica a la felicidad y consiste en la independencia y autosuficiencia de uno mismo, acompañada del total desprecio e indiferencia por todas las riquezas, famas, relaciones y ambiciones que tanto preocupan a la gente. Para eso hemos de someternos a una constante ascesis, hemos de endurecer nuestro cuerpo y nuestro carácter, exponiéndonos al frío, al hambre, al dolor, a los insultos. No es de extrañar que cuando los griegos que acompañaban a Alejandro Magno llegaron a la India y se encontraron con los ascetas hindúes —los *gymnosophistai*

o sofistas desnudos, como los griegos los llamaron— los tomaron por cínicos. Tampoco es difícil de ver la influencia de los cínicos en los primeros anacoretas cristianos. Y la exaltación del hombre natural es un claro precedente del «buen salvaje» de Rousseau.

El aspecto más progresivo de la ética cínica estriba en su rompimiento con el estrecho marco de clases sociales y *póleis* cerradas en que vivía la Hélade. Tanto Platón como Aristóteles habían situado su ética en el contexto de la *pólis*. Aristóteles, maestro de Alejandro (que acabaría de una vez por todas con el mundo de la *pólis*), seguía enseñando que la *pólis* es anterior y más importante que el individuo, y que las diferencias entre amo y esclavo, entre ciudadano y extranjero, entre heleno y bárbaro están ancladas en la naturaleza. Pero Diógenes declara que él no reconoce obediencia ni a Sinope, donde nació, ni a Atenas, donde vive, que él no reconoce la *pólis* como institución, que él se considera ciudadano del mundo, *kosmopolítēs*, cosmopolita. La diferencia entre ciudadano y extranjero, entre bárbaro y heleno, entre amo y esclavo, es una diferencia puramente convencional, sin fundamento ninguno en la naturaleza. Diógenes, el iconoclasta sucio y maloliente, sometía el orden social de su tiempo a una crítica radical.

Todos los humanos son iguales. Y todos pueden alcanzar la felicidad. Basta para ello con que aprendan a suprimir sus deseos superfluos y necesidades artificiales, con que se sometan a una ascesis endurecedora, a una disciplina que les proporcione la autosuficiencia —la *autárkeia*—. Así reducimos nuestras necesidades a un mínimo y —pase lo que pase en el mundo, seamos señores o

esclavos, estemos sanos o enfermos— somos felices, pues la felicidad estriba en la ausencia de necesidades y deseos —idea que tampoco hubiera resultado extraña a los «sofistas desnudos» de la India.

Los cínicos no ofrecían argumentos convincentes para sus tesis. Predicaban con el ejemplo. Krates, un rico tebano, admirado por el ejemplo de Diógenes, renunció a sus riquezas —que regaló a los pobres de su ciudad— y, junto con su mujer, pasó el resto de su vida viviendo a lo perro. Los cínicos eran burdos en sus maneras, incultos, absolutamente desinteresados de la ciencia y la filosofía teórica. Pero su crítica de la riqueza, el lujo y el placer sensual y su promesa de autoliberación interior para todos, incluidos los más pobres y oprimidos, les ganó adeptos, sobre todo entre las clases bajas. Durante ocho siglos —hasta el final de la época romana— seguiría habiendo cínicos.

3. Epicuro

Vida de Epicuro

Epicuro (en griego, *Epíkuros*) nació el año -341 en la isla de Samos, donde su padre, ciudadano ateniense, se había establecido diez años antes. Tuvo tres hermanos, que más tarde se convertirían en seguidores suyos. Pronto se despertó su interés por la filosofía, que de momento sació oyendo las exposiciones de Pámfilo, un platónico de segunda fila que a la sazón habitaba Samos.

Al ser hijo de ciudadanos atenienses, Epicuro mismo era también ciudadano ateniense. Como tal, al cumplir los dieciocho años de edad hubo de incorporarse al servicio militar en Atenas, adonde llegó el -323. Seguramente aprovechó su estancia en la ciudad para entablar contactos con las escuelas filosóficas más prestigiosas, la Academia (dirigida entonces por Xenócrates), con cuyas doctrinas ya estaba familiarizado, y el Liceo, cuya direc-

ción acababa de asumir Teofrasto, al haber tenido que huir Aristóteles a Calcis como consecuencia de la reacción popular antimacedona. Epicuro guardó siempre una gran hostilidad hacia el Liceo y en particular hacia Teofrasto, contra quien más tarde escribió un libro.

Mientras tanto, su familia (junto con el resto de los atenienses allí establecidos) había sido expulsada de Samos por los macedones, instalándose entonces en Kolofón, en la costa jonia. Al acabar su servicio militar, en -321, Epicuro fue a reunirse con su familia en Kolofón, donde permaneció durante diez años, entre sus veinte y treinta años. Allí fue discípulo de Nausifanes de Teos, un filósofo atomista de quien Epicuro recibió los impulsos decisivos para su propio pensamiento. Pero se trataba de un atomismo de corte demokriteo, de una fría descripción de un mundo determinista. Epicuro desarrolló pronto una actitud hostil hacia Nausifanes, a quien cubrió de insultos -analfabeto, doble, farsante, puto- y a quien acusaba de aturdir las cabezas de sus alumnos con gran cantidad de detalles científicos y matemáticos totalmente inútiles para la consecución de la felicidad. De hecho, Epicuro no reconocía ninguna deuda intelectual, ni siquiera la más obvia, la referente a Leucipo (*Léukippos*) -cuya misma existencia puso en duda- y a Demócrito (*Dēmókritos*) -a quien nunca citaba-, cuyo atomismo adoptó y puso a la base de su propia filosofía, aunque corrigiéndolo en algunos detalles para hacer frente a las críticas de que había sido objeto por parte de Aristóteles. Epicuro pretendió ser un autodidacta y afirmaba «haber sido discípulo solo de sí mismo»¹. Después de romper con Nausifanes dedicó varios años a reflexionar

y desarrollar sus propias ideas. Tras estos diez años de estudios y reflexiones se consideró en posesión de una filosofía propia.

El -311, a sus treinta y un años, se presentó como profesor en Mitilene (en la isla de Lesbos), donde no cayó bien, siendo objeto de ataques tanto por la plebe como por el gobernante local, por lo que al año siguiente se trasladó a Lámpsaco, en la costa jonia, donde tuvo más éxito y reunió en torno suyo al núcleo de discípulos que lo acompañarían el resto de su vida. Unos procedían de Mitilene, como Hermarco (*Hérmarkhos*), que le sucedería al frente de su escuela, otros de Lámpsaco mismo (como Metródoros, su principal discípulo) y otro de Kyzikos. Tras cuatro años de exitosa actividad en Lámpsaco, Epicuro decidió trasladar su escuela al centro del mundo filosófico, a Atenas, adonde llegó en -306 y donde permaneció hasta su muerte.

Epicuro, ciudadano ateniense, podía comprar propiedades urbanas. Poco después de llegar compró una casa, donde vivían él y sus discípulos, y un jardín, donde daba sus charlas y de donde tomó nombre la escuela, llamada *Képos* (el Jardín). El Jardín de Epicuro no era una institución científica, como la Academia o el Liceo, sino una comuna aislada del mundo y sus problemas, una especie de balneario de almas. La comuna estaba rígidamente jerarquizada. Epicuro era el jefe -*hēgemén*- y el sabio. Por debajo de él estaban los subjeses, que eran los discípulos principales: Metródoros, Hermarco. Luego venían los asistentes y, finalmente, los novicios. En el Jardín no se admitían discrepancias ideológicas, como las que Platón, por ejemplo, había admitido en la Academia. Se trataba

de una secta que seguía las enseñanzas del maestro con fervor y sin discusión. Los miembros aprendían de memoria algunas de las tesis de Epicuro y copiaban pacientemente sus obras, tanto para el consumo interno como para enviarlas a otras instituciones análogas que surgieron en otros puntos de Grecia, con las que Epicuro comunicaba por carta y de las que recibía un tributo periódico.

La comunidad epicúrea era una sociedad aparte, vuelta de espaldas al mundo político y viviendo de acuerdo con sus propios principios. Desde el primer momento admitió mujeres entre sus filas (cosa inédita en una escuela filosófica), sobre todo hetairas -como la famosa Leontion, que redactó un panfleto contra Teofrasto-, pero también casadas. Los miembros de la comuna cultivaban la amabilidad, la generosidad y la amistad recíprocas, que no excluía las relaciones sexuales, aunque tampoco les daba importancia excesiva (Epicuro recomendaba no hacer uso del sexo durante la digestión, a fin de no perturbarla). Celebraban fiestas -como los cumpleaños de Epicuro y Metródoros- y procuraban hacerse la vida agradable unos a otros, dentro de una gran tranquilidad y moderación. La actitud hacia las ideas y pensadores ajenos era, sin embargo, de marcada hostilidad.

Epicuro pasó los últimos treinta y seis años de su vida en el seno de su Jardín, rodeado del halago y la amistad de sus discípulos, pero aquejado de enfermedades crónicas. Después de un periodo de intensos dolores de estómago y vejiga murió en -271, a los setenta años. Su discípulo favorito, Metródoros, había muerto siete años antes, dejando infantes pequeños, de los que se ocuparía Epicuro a la hora de su propia muerte. Sus últimas pala-